

fulana se muere. Acuden, y hallan las señales de los golpes en las partes, que correspondian al gato muy bien magulladas las costillas. Qué bien echo, tomad porque voleis. Pero si aquí, por la misericordia de Dios, no me oye ninguna bruja, para qué digo yo esto? Yo lo diré: Para añadir ahora, que todos esos remedios naturales, que usan contra las brujas, son supersticiones. La escoba detrás de la puerta, las cascarras de huevos, la sal esparcida, las agujas, los sahumerios, y otras cosas à ese modo, son todos remedios vanos, son supersticiosos. (Delrio, l. 6. r. 2. f. 1. q. 1. n. 13. 14. 20.) Todo esto es llamar al diablo, quando quieren librarle del diablo, y todo eso es pecado mortal, de que solo puede haver escusado la ignorancia.

¿Pues de qué armas nos valdrémos contra unos enemigos tan terribles? Yá nos las ha enseñado la Iglesia. La Santa Cruz, las Reliquias de los Santos, sus Imagenes, el Agua bendita. Armen con esas armas à la criatura, y yo aseguro, que esa fea mas poderosa que todo el infierno. Mas sobre todo, aquella Madre purissima con sus Agnus Dei al cuello nos viene hoy mostrando nuestro mas seguro refugio. ¿Quiéren asegurar los niños? Pues amparenlos con la defensa de aquel Corderito tierno. ¿Quiéren asegurarse las madres? Pues acudan al Patrocinio de aquella Madre, y Virgen la mas pura. En Treveris, Ciudad de Alemania, (Delrio, l. 6. f. 3.) unas perverfas brujas engañaron à un inocente niño de solos ocho años, y embebiendolo en sus torpezas, lo llevaban à todas sus malditas juntas: allí, mientras baylaban con el diablo, el muchacho les tocaba el tamboril. Supo esto el Arzobispo de aquella Ciudad, y haciendolo traer à su Palacio, hizo que le enseñaran la Doctrina Christiana, que nada sabía. Esos, y peores daños se figuen cada dia de no saberla. Un Sacerdote de nuestra Compañia, que se la enseñaba, para asegurarlo contra el demonio, le puso al cuello una cera de Agnus. No tardó el demonio en venir à buscarlo; mas viendolo con aquella defensa, sin atreverse à llegarle, con un aspecto fiero, y terrible: Quitate eso (le dice) porque si no, te he de azotar. Temerosa la criatura, quitase el Agnus Dei, y al punto que se lo quitó, arrebatandole el demonio por los ayres, lo llevó à la maldita junta de las brujas, hasta que buscandolo despues confesó lo que havia sucedido. Pues no hay que quitarles à los niños la Cera de Agnus, que esa es una defensa de que tiembla todo el infierno. ¿Y de su Madre Santissima cuánto? Su nombre solo destierra los demonios, los dulces ecos de MARIA hacen estremecer al infierno. (Grillando, ap. Raynaud. t. 15. Heteroclit. 1. f. 413. §. Habes.) Volvia de sus juntas una bruja caballera con el diablo, volando por el ayre (refiere lo Grillando) era esto yá cerca de amanecer, à tiempo que en cierta Ciudad cercana tocaron las campanas al Alva à saludar à MARIA Santissima, y al eco solo de las campanas, que invocaba à MARIA, esperando el demonio, soltó en el

ayre à la bruja, que con una terrible caída en un zarzal, allí, llegado el dia, la hallaron, y presentandola à los Jueces, fue castigada.

Pues yá con esto he dicho tambien el remedio mas eficaz contra todos los demás hechizos. No es lícito (¿quién no lo vé?) querer curar un hechizo con otro; eso sería hacerse mas grave daño, por buscar el remedio. Si en esto puede haver modo de hacerlo sin culpa mortal, allá, si fuere menester, lo consultarán con los doctos. Los remedios naturales de la medicina, rara vez, ò nunca alcanzan; porque à todos puede el diablo quitarles la eficacia, y la fuerza. Pues si la enfermedad aflige, si los dolores atormentan, ¿qué remedio? No hay otro sino acudir à los remedios espirituales de la Iglesia, à las Reliquias de los Santos, à la frecuencia de los Sacramentos, à Maria Santissima. ¡Oh, Señora! tú, que à aquella infernal Serpiente le quebrastes la cabeza, eres la que puedes defendernos de sus astucias. Tú, honra suprema de toda nuestra naturaleza, eres nuestro seguro refugio contra tan fieros enemigos. Emperatriz Soberana, à quien gustosas obedecen las Gerarquias Angélicas, tú eres la que postras por tierra todas las infernales máquinas. ¡Oh, cómo acierta quien à tí se acoge! Oh, cómo logra quien à tí te busca ¡Oh, cómo se asegura quien en tus manos pone su defensa!

Refiere el Ilustrissimo Jacobo de Voragine (*Spec. Ex. Maria. ex. 31.*) que en cierta Ciudad hubo un hombre muy poderoso, y rico, casado con una muger virtuosa, y ternissima devota de la Virgen. El todo en su riqueza, ella toda en su devocion: qual con mejor logro? digalo el suceso. Entregado él à profanidades, juegos, y gastos, bien presto, que yá lo vén cada dia, yá lo saben, bien presto encogió las alas la pompa; abatió sus penachos la sobervia, y llegó à ser mendigüez miserable, lo que fue antes loco desperdicio. Triste andaba, è impaciente con su pobreza, avivandose mas el sentimiento à las presentes necesidades con las pasadas memorias. En estos pensamientos afligido, se salió en una ocasion al campo à desahogar en suspiros sus aprietos; y quando pensativo, he aquí un fiero ginete, que poniendose delante sobre un sobervio bruto, travó conversacion; preguntó la causa de su congoja, y à pocos lances descubrió, que era el demonio. No se espantó el otro mucho, tal estaba yá de perdido. Yo te prometo (le dixo) de hacerte aun mas rico que antes, solo con que hagas por mí una cosa muy facil. ¿Cuál es? le respondió: Que para tal dia, (señalósele) me has de entregar en tal lugar à tu muger: vengo en ello al punto. ¡Qué presto! ¿Me das palabra? Sí: pues anda, y busca en tal sitio, y allí hallarás riquezas que te sobren. Fuese muy consolado, buscó, y halló una gran cantidad de oro, plata, tanta, que volviendo à su antigua pompa, triunfaba yá con doblado aparato. Llegóse el plazo de entregar su pobre muger al demonio; y muy severo: Disponte, y vamos (la dice) que me importa que vayas conmigo à cierta parte. La pobre muger, sin atreverse à preguntarle mas, acude pri-

me-

mero à Maria Santissima à ponerle en sus manos su peligro, y sale en seguimiento de su marido. ¡Oh, miserable, y si supieras à qué te llevan! Así caminaban los dos, quando viendo en el campo una Ermita de la Santissima Virgen, pidióle la muger, que le permitiera entrar à saludar à la Señora. Vino en ello, y dexó que entrara sola su muger, quedandose él afuera à esperarla. Ella yá con el temor mas vivo, viendose llevar por un campo sola, clamó à Maria Santissima, pidiendole su amparo. ¡Y qué presto lo experimentó! ¡Oh, Señora, quién no te llama! ¿Quedóse la muger allí dormida; y mientras ella dormia, salió de la Ermita, quién? La misma Reyna de los Angeles (¡oh, dignacion soberana!) en la figura, y trage de aquella muger: de modo, que sin desconocerla el marido, proliguieron ambos su viage. Llegaron al señalado sitio, y quando yá acudia muy pronto el demonio, apenas descubrió, descubrió sus penas; porque dando un terrible bramido, sin atreverse à acercarse: Ah, mal hombre, (dixo) falso, y mentiroso, ¿cómo en lugar de tu muger, me traes à la que es mi tormento? A tu muger te havia pedido para vengar aquí en ella las injurias que me ha hecho, para que aquí me pagara todos mis agravios, y me pagas tú con traerme à la Madre de Dios? Agradece à ella, que si no: dixo, y se fue rabiando. Entonces Maria Santissima con severo aspecto, reprehendió como merecia à aquel mal hombre. Mandóle echar de sí riquezas tan malditas, y que volviendo, hallaría à su muger en la Ermita. ¿Cuál sería la admiracion, y el espanto de aquel mal hombre? Volvió à la Ermita, y la halló allí durmiendo. ¡Y qué seguro duerme, quien así en el amparo de Maria descansa! Sueño es dulce para quien ama à Maria, lo que el demonio le traza tormento. O, Madre nuestra dulcissima, para el sueño de la muerte, contra la fiereza de este enemigo, invocamos desde ahora tu amparo, favorecenos, Maria; favorecenos ahora, y entonces; ahora, para que con la gracia nos defendamos siempre contra la culpa; y entonces, para que por el sueño de la muerte, libres del mayor enemigo, pasemos à verte en la Gloria.

PLATICA XIII.

QUE PECADO SEA TENTAR A DIOS, y cómo se comete.

A 8. de Febrero de 1691.

ES muy bien merecido, que pierda los pies con que podia caminar seguro el que quiso tener alas con que volar peligroso. Sentencia es bien aplaudida de S. Máximo, (*Hom. 5. de SS. P.*) viendolo precipitado à Simon Mago de la altura con que quiso andar por el ayre, à no poder andar, ni por la tierra: *Et qui pennas assumpserat, plantas*

amitteret. Justo castigo, que el que quiso andar tan levantado, quede dos veces caído. Caído de su vuelo, y caído de su estado; pierda lo que tenia seguro, pues que quiso buscar lo peligroso; pierda los pies, pues quiso tener alas. A dos visos nos lleva esta sentencia: à lo que yá hemos visto, y à lo que hoy tenemos que vér. A no buscar alas, que dá el Demonio, y à no cobrar alas con que atrevnos à Dios. Uno, y otro es ofender gravemente à su Magestad. Alas que dá el Demonio, eso es lo que yá hemos visto en todas las especies de supersticion, que todas son por medios desproporcionados buscar la ruina, y el precipio. Pero si despreciando el Demonio, le pedimos à Dios impertinencias, necedades, y gollorias, si dexando los comunes medios de conseguir, que nos ha dado su providencia, queremos que nos ayude solo por nuestro antojo, esas son tambien alas de nuestro atrevimiento, que por alzarnos à mayores, nos derriban; y en lugar de conseguir de su Magestad nuestro intento, caemos en un grave pecado mortal, que se llama tentar à Dios.

Bien claro hemos visto, como la supersticion con todas sus especies, se opone à la debida reverencia, à la honra, al culto de nuestro verdadero Dios, que nos enseña la virtud de la Religion, ò yá porque la supersticion le dá à Dios culto superfluo, y mentiroso; ò yá porque la Mágia malogra su culto en su mas perverso enemigo. Yá, pues, por otro lado se opone à la virtud de la Religion el vicio que llamamos irreligiosidad. Mas claro: perderle à Dios el respeto, y la reverencia, que le debemos; ò yá con tentar à su Magestad; ò yá con blasfemar su Santissimo nombre, ò yá con perjurarle. Esta tercera especie pertenece al segundo Mandamiento; con que con las otras dos acabaremos éste.

¿Tentar à Dios? ¿Quién tal pensara? En una ocasion sola sabemos que lo tentó el Demonio, y eso, segun gravissimos Padres, y Doctores, fue porque no sabía de cierto que era Hijo de Dios el que tentaba. ¿Y cuántas veces, sabiendo, y conociendo los hombres, que es verdadero Dios, lo tientan? De modo, que habiendo cogido por officio suyo el Demonio ser tentador, él es el que tienta à los hombres. Pero los hombres son los que tientan à Dios, no para que cayga, que no puede eso ser, sino para caer ellos: esa es mayor desventura. ¿Pero qué cosa es tentacion de Dios? Que este pecado solo parece que lo conocemos de nombre; pluguiese à su Magestad que así fuera. Dos significaciones tiene el verbo tentar: Tentar à uno; esto es, inducirlo, ò moverlo à que cayga en algun yerro, ò culpa. Así nos tienta el Demonio; y así, quién no vé yá, que no puede haver hombre, sino es que fuera una bestia, que tiene à Dios, si no puede haber la mas mínima imperfeccion en aquella Santidad por esencia, en aquella Bondad infinita? No hablamos de eso.

Pero tambien decimos tentar, probar, hacer experiencia. Tentaré, probaré, dicen, à vér si fulano sabe esto, à vér si se enoja de esto que le

quiero decir; tentaré, veámos. En este sentido pues, tentar à Dios, es querer hacer experiencia con medios desordenados, y vanos, de si su Magestad tiene esta, ò aquella perfeccion de Sabiduria, de Poder, de Providencia, &c. (D.Th. 2.2.q. 97.art. 1. Castr. Pal. 3. de Superf. D. 2. Sanch. in Dec. l. 2. c. 34. Laym. t. 2. l. 4. tit. 10. c. 5. Fagn. & alii) ¡Oh, qué terrible desfacato! Oh, qué atrevida irreverencia! ¡Quánto se ofenderia un Caballero notorio, un Principe, de que huviera quien hiciera averiguaciones, y pruebas de su linage? ¡Quánto se ofenderia un hombre honrado de que le pidieran seguridades, y fianzas por una cortedad de veiate pesos? Pues esto es lo que se han atrevido à hacer con Dios los hombres. ¡Oh, Bondad soberana, y lo que sufres! Pero aun tan grave malicia se puede redoblar con la infidelidad; y esto será, si el tentar à Dios así, nace de tener duda de fies, ò no es sábio: si es, ò no es poderoso; esto será juntar la tentacion de Dios con heregía. ¡Oh, qué de veces irritaron así su paciencia los Hebréos, tan ingratos, como pérfidos! ¡Por ventura, decian, ha de poder Dios darnos de comer à todos en un desierto? *Nunquid poterit Deus parare mensam in deserto?* De este modo tentarían à Dios los que para creer las verdades de nuestra Fé pidieran milagros. Como si no bastáran, y sobráran los innumerables que Dios ha hecho, confirmados por tantos siglos. Pero acérquemonos mas: hasta aquí, por la misericordia de Dios, nada nos toca; somos Cathólicitos, y dignísimamente nos preciamos de serlo.

Yá, pues, sin faltar en nada à la Fé, creyendo como creemos todas las infinitas perfecciones, que hay en Dios, podemos tentar à su Magestad. ¡Oh, y qué de veces lo tentamos! ¡Cómo? Yo lo diré. Con querer, que sin hacer nosotros nuestras diligencias, sin usar de los medios, que tiene dispuestos la Divina Providencia, sin ayudarnos en nada, solo con nuestro querer, que Dios nos saque del peligro, que Dios nos socorra à la necesidad, que Dios nos acuda en el aprieto, y por decirlo de una vez, que nosotros no hagamos nada, sino solo querer, y que Dios lo haga todo. Esto es tentar à Dios; esto es tentar à Dios. Por esto dixé allí: Con medios desordenados, y vanos; porque si, ò con necesidad, ò instinto, y movimiento de Dios, se le pide à su Magestad alguna señal, ò muestra de su gusto, esto no es tantarlo. Así pidió señal Abrahám (*Gen. 15.*) Gedeon, (*Judic. 16.*) y Elías (*3. Reg. 18.*) Así tambien, si despues de hacer nuestras diligencias en quanto alcanzamos, y aun no nos vale, acudimos à Dios, linda cosa. Esa sí que es confianza cristiana; esa sí le agrada à su Magestad, y à esa siempre acude; pero sin hacer nada de nuestra parte, y aun poniendonos nosotros en el peligro, querer que sea solo Dios el que nos saque, y el que lo haga todo; ¡oh, qué necedad! Los exemplos que aqui ponen de ordinario, son: como si uno teniendo escalera por donde baxar sin que sea menester milagro en que no se lastime, se arrojará de esa torre por el ayre, fiado en que Dios lo detendría para

no matarse. O si uno padeciendo un grave tabardillo, ò otro achaque tal, ni quisiera llamar Médico, ni hacerse medicina alguna, fiado en que Dios le daría la salud de milagro. Esto es tentar à Dios, y gravísimo pecado mortal, sino es que lo escusela total ignorancia, ò la parvidad de la materia; como si el achaque fuera muy leve, y esperára alguno, que lo sanaría Dios de él, no con milagro, sino por el orden comun de su providencia. Mas como no hay aqui quien se quiera tan mal, que se quiera arrojar de esa torre, pongamos exemplos mas ordinarios, y caseros.

¡Oh, valgame Dios, qué de quejas! Que Dios no quiere favorecerme: que Dios se olvida de mí: que por mas que clamo à Dios, no me oye: todo es pobreza, miseria, desdicha, no alcanzo que comer. (*Abul. in Exod. c. 2. q. 3. s. ad 2.*) Bien. Y dime, con esas oraciones à Dios, y tus súplicas, juntas tu diligencia? Sí hago. Hoy voy à casa de esta amiga, mañana en casa de la otra: hoy à vér este camarada, mañana al otro; pero es nada lo que consigo, y despues de todo perezcó. ¿Y esa es la diligencia que haces? Pues esas no se llaman diligencias, sino chascos, y estafas. Lo que pregunto es: ¿tienes algun oficio, trabajas, sirves? No, nada de eso. Pues, hombre, mugger, seas quien fueres, quieres vivir de milagro? Quieres que Dios te llueva el maná en tu casa? Quieres que te brote una fuente de aceyte en tu sala? Quieres que te traygan el pan los Angeles? Quieres que Dios haga milagros? Eso es tentar à Dios.

Otros, y otras aún encubren mas este engaño con capa de virtud. Mucha devocion, mucha oracion, y no teniendo que comer, ni quien se lo dé. ¿Trabajar? Eso no, que ha de ser todo el tiempo para Dios. Hacer alguna obra de manos? Menos, que es quitarlo del espíritu. Mugger, entrate à servir; no, Padre, que me estorvará el venir à la Iglesia, y à mis Comuniones, y estimo mas mi Iglesia, que quanto hay. Ah, si se topáran à tiempos estos, y estas medio alumbradas, con el Abad Silvano. Llegó un Monge al Monasterio, donde este Santo Abad gobernaba. (*Fay. verb. Ociosidad.*) Halló à todos los Monges trabajando en obras de manos. Dióle esto muy en rostro: Andad, les dixo; ¿para qué trabajais en buscar comida, que perece? El mantenimiento del espíritu es el que se ha de buscar, que no se acaba. Bien. El Abad hizo que lo hospedáran en un aposentillo, donde no havia nada, y que allí lo dexasen. Llegó la hora de comer, y el huesped no hacia sino mirar por una, y otra parte, à vér si lo llamaban: haciafe tarde, y el hambre lo apuraba. Fuefe en fin à el Abad, y dixole: Padre, no comen hoy los hermanos en esta casa? Si comen, respondió el Abad. Pues cómo no me han llamado? Porque vos sois hombre espiritual, y no teneis necesidad de comida de la tierra: nosotros, como hombres carnales, lo hemos menester, y por eso trabajamos para ganarla. Quedó corrido el Monge, y confesó su culpa. Dime, alma engañada con la ociosidad, con capa de espíritu, eres tú mas santa, que S. Pablo? Pienfas

tener mas altas, y soberanas revelaciones? Tendrás que hacer cosas de mas servicio de Dios, que aquel Apóstol? Pues oyelo à él mismo: *Ad ea, que mihi opus erant, & bis, qui mecum sunt, ministraverunt manus ista.* Para todo lo que he havido menester para mí, y para los míos, lo he buscado con estas manos. Ea, trabajar es menester, hacer la diligencia; que sin hacerla, querer que Dios envíe la comida, es tentar à Dios. Y generalmente ponerse en algun grave peligro, ò sea del cuerpo, ò sea del alma (à ocasiones proximas del pecado) de que nosotros, ò no hemos de poder salir, ò con grave dificultad, fiados en que Dios nos sacará, es tentar à Dios, es pecado mortal. Sin hacer nuestras diligencias, sin poner los medios ordinarios, y sin mas necesidad, que nuestro antojo, querer que Dios lo haga todo, eso es tentar à Dios, como si fuera nuestro esclavo: eso es querer que Dios nos obedezca. ¡Qué desfacato! ¿Pues qué esperan los que así lo tientan; sino un gravísimo castigo?

Hay otro modo, y bien ordinario de tentar à Dios, de que si hasta aqui ha escusado la ignorancia, ò la poca advertencia, yá no valdrá. ¿Y cuál es? Querer saber con certidumbre la voluntad de Dios, no habiendo necesidad de eso, y valiendose para saberla de medios desproporcionados. Pongo el exemplo: Quiere una mugger hacer esta, ò aquella obra buena: elegir este, ò aquel Confesor, y habiendo bastantes medios por donde consultar el acierto, no (dice) yo he de echar suertes; y echa suertes. Eso es tentar à Dios, dice Sto. Thom. (2.2. q. 93. art. 8. in corp.) Si hay bastantes medios para determinarse con prudencia, ¿qué necesidad hay para una cosa ordinaria, valerse de aquellos medios, de que solo se han valido los Santos en negocios gravísimos? Y eso despues de muchas oraciones, y ayunos; despues de consultarlo, y pensarlo mucho, entonces han acudido à Dios con esos medios; pero sin qué, ni para qué, andar cada paso echando suertes para lo que poco importa, eso es vana curiosidad, y es tentar à Dios. No hablo de esas suertes divisorias (que así se llaman) con que se sortean huerfanos, à quien le cabe: no hablo de eso, sino de esas suertes consultorias, que andan echando, ò para saber la voluntad de Dios, ò para prevenir lo que ha de suceder. Saben que hacen estos? Dice S. Agustín, (*Aug. Ep. 119. c. 20. ad Januar.*) que como otros quieren ser adivinos por arte del diablo, ellos quieren ser adivinos tentando à Dios. Mayor pecado es aquel; pero éste lo es tambien: *Hi verò, qui de paginis Evangelicis sortes legunt, etiam ista mihi displicet consuetudo; ad negotia, & ad vita bujus vanitatem loquentia oracula Divina velle convertere.* ¿Y qué, si aun para los pecados se echan estas suertes? Así las echó Merobeo, hijo de Chilperico, Rey de Francia. (refiere San Gregorio Turonense) Haciale guerra aquel à su padre, ambicioso de la Corona: quiso saber el suceso que havia de tener en la batalla, y para esto hizo abrir en tres partes de la Biblia, para vér qué le salía en fuerte; pero

en ella le fulminó Dios su bien merecido castigo. Abrieronle en el Libro de los Reyes, y salió esta sentencia: *Pro eo, quod dereliquistis Dominum Deum vestrum, nec fecistis rectum ante conspectum ejus ideò tradidit vos Dominus in manibus inimicorum vestrorum.* Porque has dexado à Dios, y porque no has obrado bien, te entregará su Magestad en manos de tus enemigos. Abrieron otro punto en los Psalmos, y salió esta sentencia: *Veruntamen propter dolo posuisti eis mala, de jecisti eos dum alleverentur.* Por sus engaños les enviastes los males, y los derribastes quando se levantaban. Abren tercera vez en los Evangelios, y sale esta sentencia: *Post biduum Pascha fiet, & filius hominis tradetur.* Dentro de dos dias será entregado el hijo de el hombre. Así se cumplió todo, muriendo luego Merobeo con una desastrada muerte. Eso es tentar à Dios, è irritar su enojo.

Por último, tentamos à Dios no pocas veces con unas oraciones necias, imprudentes, y nada humildes: *Ante orationem prepara animam tuam, & noli esse quasi homo, qui tentant Deum.* (*Eccl. c. 28.*) nos encarga el Espíritu Santo. Decia muy bien Séneca, que havia de fer nuestra oracion à Dios, de modo, que la pudieran oír todos los hombres. Parece yerro; porque si la ha de oír Dios, ¿qué le ha de añadir de perfeccion el que la puedan oír los hombres? ¡Ah, quantas oraciones no se atrevieran los que las hacen à hacerlas delante de los hombres! Se avergonzáran de que las oyeran los hombres, y no se avergüenzan de proponerlas à Dios. Unas cosas, que piden tan vanas, unas impertinencias tan sin provecho, los unos solo mirando à sí, y que los demás perezcan: los otros, aun sin mirarse à sí, piden lo que les ha de ser mas daño, y esto con un ahinco, con una instancia tal, que no parece que piden à Dios, sino que se lo mandan: quieren que sea como fuere, y se haga su gusto, y no lo que quisiere Dios; eso es tentar à su Magestad. Y cuántos, cuántas, aun adelantan mas su atrevimiento, y le piden à Dios aun sus mismas ofensas? que le quite la vida à su enemigo, que le dé buen suceso en el pleyto injusto, y aun tambien que las vuelva à la amistad infame. ¡Oh, Dios! ¿qué han de tener por resulta estas oraciones tentadoras, sino gravísimos castigos?

Refiere Juan Nicio, que hubo una doncella criada en muy honrada educacion, y recogimiento, honestidad, y virtud. Llamóla Dios para esposa suya; y ella, movida à su voz, tratava yá de entrar en un Monasterio; pero entretanto, olvidando un poco el retiro, empezó à dár lugar à algun divertimiento. Gustaba yá de ratos de ventana, de vér con libertad, y empezó luego à no pesarle tambien de ser vista. ¡Oh, cómo se fragua una ruína por una libiandad de que no se hace caso, por un descuido que se desprecia! Entrafe sin sentir el daño, para sentir despues el daño sin remedio. No lo conocia aquella, y poco à poco, yá por vistas, yá por mensajes, yá por letras, se fue empeñando tanto en el amor de un mancebo, que

que llegó á desearlo para marido , olvidada yá de su Celestial Esposo. Y porque para el efecto havia dificultades, oyó ella, á no sé que muger, (que para necesidades no faltan maestras) que Santa Catharina era abogada para alcanzar de Dios aquel esposo que una queria. Con esto la doncella empezó sus necias oraciones á la Santa, pidiendole con repetidas instancias, que le alcanzase de Dios aquel esposo, y no otro. Repetia para esto clamores, continuaba ruegos; mas quando así rogaba, una vez, sin que nadie le tocara, cayó la estatua de la Santa Martyr, y dando un golpe en la tierra, se lastimó en la cabeza, y en la garganta. Levantóla la doncella, sin entender el aviso que le daba con esto el Cielo. Continuó en sus oraciones, y plegarias, y tanto lloró, y porfió tanto pidiendo, que consiguió lo que pedía: vencieronse dificultades: ajustóse el casamiento, y dispusieronse las bodas. Usábase al rebés de ahora entonces, que la desposada era la que iba á la casa del desposado. Así, pues, prevenida como de bodas con grande fiesta, acompañamiento, y pompa, salía para irse á desposar; pero he aquí, que al subir en la carroza, sin saber cómo, puso mal el pie, dió una caída tal, que al acudir, la hallaron muerta, con dos heridas en las mismas partes, en que antes se las havia mostrado la Imagen de Santa Catharina, en la cabeza, y en el cuello. Esto fue lo que logró con sus necias oraciones: esto consiguió con pedir á Dios por marido aquel, que con torpes correspondencias la havia apartado de su Celestial, y Divino Esposo. ¡Oh, Dios mio! quita de nuestros corazones tales imprudencias, para que solo te pidamos humildes aquello solo que ha de ser de tu mayor agrado; para que rendidos á tu Santísima voluntad, solo aquello queramos que tú quieres: solo aquello te pidamos, que siendo para tu servicio, sea para bien de nuestras almas, para logros de la virtud, y para aumentos de la gracia.

PLATICA XIV.

DEL HORRIBLE PECADO DE LA blasfemia contra Dios.

A 15. de Febrero de 1691.

NO pocas veces lo que no puede la mano, lo consigue el ingenio. Apurados se veían los Pintores para pintar los vientos, pues que estos, no teniendo colores, mal podían sujetarse á los pinceles. ¿Y qué hacen? Alcance la idea lo que así le niega la vista. Pintan al canto del lienzo una cara, estrechados los labios, hinchados los carrillos en ademán de quien sopla, y de la boca saliendo las líneas, que por todas partes repartidas, vereis el Cielo encapotado de negras nubes, enlutado el ayre de turbias sombras, alborotado el mar, encapillando sus olas: allá una nave que fluctúa, aquí un baxel, que yá se anega,

allí un galeon que se trastorna, y esparcidos los hombres por las aguas, nadando á buscar las tablas, mientras cruzandose por el ayre los rayos, confunden con el Cielo el mar, con el fuego el agua, y con las cumbres los abyssos. ¿Qué es esto? Son los vientos pintados por sus efectos, y bien pintados; pero es posible que tanto alboroto, tanta confusión? Tal tempestad, y tal tormenta la hace sola aquella boca de los carrillos hinchados? Una boca turbando todo el Cielo; una boca trastornando todo el mar, una boca fulminando rayos; una boca confundiendo los elementos? Sí, que todo lo hacen los vientos, que furiosos salen de esa boca. Linda idea de los Pintores; pero mejor pintarian así una boca blasfema, que toda esa tempestad de los vientos es pintada, con las tormentas que alborota una lengua blasfema: al Cielo levanta los vapores mas negros: del infierno saca los bramidos mas tristes, y causa con sus malditas palabras en las casas las desventuras: en las Ciudades la ruina, y en los Reynos la desolacion. Para tanto daño una boca blasfema basta: ella, levantando contra el Cielo sus venenosos ecos, hace despertar las desdichas; hace llover las miserias; y acarreadonos acá el lenguaje de los condenados, confunde la tierra con el infierno.

Lleno de horror llego por la necesidad á esta materia. Y qué mucho, si aunque no heredero de su espíritu, discípulo á lo menos de su doctrina, oygo que repetia frecuentemente mi Padre San Ignacio, que si Dios lo quisiera poner en el infierno, ni las llamas, ni el fuego, ni el lugar, ni la compañía de los condenados, ni todo junto, sería para él tanto tormento, como solo el oír blasfemar el Sacrosanto nombre de Dios.

Blasfemia, pues, define San Agustín, y con él Santo Thomás, y los Theólogos, es hablar injuriosamente, y con palabras de contumelia contra Dios. Es quererle quitar á Dios la honra con palabras de ultraje, y de desprecio. ¡Oh, qué pecado! Oh, qué pecado! Ninguno mas horrible, dice San Geronymo; y tanto, que á vista de éste, aun los mas graves parecen pequeños: *Nihil horribilius blasphemia, omne quippe peccatum comparatum blasphemia leuius est.* Otros pecados son contra Dios, pero no derechamente, sino que quebrantando su Ley ofenden á su Magestad; pero éste derechamente encamina contra Dios todo su aliento venenoso: contra Dios asesta sus tiros: contra Dios dispara sus factas, al modo que los antiguos Partos no sabian apuntar las saetas contra sus enemigos en la tierra, sin tirarlas primero contra el Cielo: *Posuerunt in Caelum os suum, & lingua eorum transiit in terra.* Y oponiendose á las alabanzas, que son eternamente debidas á su Magestad, le dán en lugar de alabanzas vituperios, ultrajes, é injurias. Así, pues, como podemos alabar á Dios con solo el corazon, así tambien puede haver blasfemia contra su Magestad, que se quede toda encerrada dentro del corazon. Esa llama Santo Thomás blasfemia interna. (D. Th. 2. 2. q. 15. art. 1.)

Pero ahora hablamos de la blasfemia externa, que sale. ¡Oh, nunca saliera á la lengua en palabras, ó al papel en escritos! Y ahora sea falso, ahora sea verdadero lo que se dice contra Dios: ahora sea con intencion de deshonrar á su Magestad, ahora sea sin esa intencion, si lo que se dice es en ultraje, y deshonra de su Magestad, es siempre blasfemia; pero se escusará de tan horrible malicia, si el que la dice está totalmente fuera de sí, ó con el vino, ó con la cólera. O si yá de hombre convertido en demonio está habituado á echar trás cada palabra una blasfemia, no será cada blasfemia nueva culpa, porque yá, ni advierte, ni sabe lo que se dice. ¿Pero yá qué le queda que añadir al desventurado, si yá con esa costumbre tiene el estado de condenacion, tiene la marca de demonio, y trae en su lengua todo el infierno? Porque así como el alabar repetidas veces á Dios, es señal de predestinacion, y es yá ensayarse para el Cielo: *Benedicentes ei hereditabunt terram.* Ps. 36. v. 22. así el blasfemar, y maldecir su Santo Nombre, es yá marca de condenados, y es ensaye para el infierno: *Maldicentes autem ei desperibunt.*

No me confundan, pues, juramentos, maldiciones, blasfemias, son tres cosas muy distintas. El juramento, puede ser honra de Dios, si se hace como se debe, y á su tiempo lo veremos. La maldicion pára solo en el mal de alguna criatura: en su lugar lo reñiremos. Pero la blasfemia tirando á la deshonra, y ultraje de Dios, aunque se le fuele juntar maldicion, y aunque se le fuele juntar juramento; es con todo eso blasfemia: porque la enormidad de su malicia ahoga á las que la acompañan, por graves que sean. Al modo que los rios de menos monta pierden su propio nombre en entrando en rio mas caudaloso, y yá desde allí se llaman todos Tajo, Guadalquivir.

Y yá como si no fuera bastante su peste, por dos cabezas fuele derramar su veneno esta infernal Amfísimena: así llaman una serpiente, que teniendo por ambos cabos cabeza por ambos lados muerde, y por uno, y otro lado mata. Así, pues, la blasfemia se divide en una, que solo se llama blasfemia, porque solo le basta para matar: llamemosla blasfemia simple, y bien simple; porque si en otros pecados puede derribarnos el interés, la conveniencia, ó el deleyte; en blasfemar, nada se halla sino rabia, veneno, malignidad, y muerte. Una, pues, se llama blasfemia simple, otra blasfemia heretical. Blasfemia heretical es aquella, que expresamente contiene en sus palabras heregía. Porque le niega á Dios sus perfecciones; ó porque le atribuye aquellas imperfecciones, que no son decentes á su Magestad; ó porque las perfecciones propias de solo Dios las atribuye á alguna criatura. Bien se conocen éstas. ¿Qué he de decir, que aun solo referirlas pone horror á oídos Catholicos? Pero á alguna han perdido el horror, y por qué? Por la lascivia, por la luxuria, por la torpeza, y porque sacrilegos Poetas han hecho, y van haciendo comunes las blasfemias en el Christianismo, sirviendoles de ripio á sus coplones, lo que, ó

es una mentira sin vergüenza, ó una blasfemia sin alma. ¿Y si no, qué son esos modos de hablar, que entre perlas, diamantes, auroras, y florestas andan llenando coplas de pedantes con unos versos sin alma, y con unos pies; que traen en un pie las conciencias? Hermosura suma. De una muger se dice esto? ¿Qué quiere decir hermosura suma? Una bobería, ó una blasfemia. Pues qué diré de los que llaman ojos divinos, adorada deidad, doy culto á tus altares? y otras frascillas á este modo, que la torpeza llama galantéos, y la verdad las llama blasfemias hereticas? Allá vean la intencion, y sentido con que las dicen, que segun enormemente ciega este vicio, mucho temo que los tales amantes lleguen á decir las con intencion de todo lo que suena, y á ser formalmente blasfemo. Mas respeto muestran á sus mentidos Dioses los Poetas Gentiles.

Otros modillos hay de hablar yá comunes, y son en este punto muy gravemente escrupulosos: *Es tan cierto esto que digo, como Dios está en los Cielos*: aunque ello sea cierto, esa es blasfemia, y blasfemia heretical. *Esto que el señor dice, es el Evangelio.* Aunque lo que el señor dice sea verdad, no es el Evangelio, y esa es blasfemia, y blasfemia heretical. Y ven aquí la razon: la verdad de que está Dios en el Cielo, y las verdades todas del Evangelio, son verdades de Fé. ¿Qué quiere decir de Fé? De suma certidumbre, de suma infalibilidad. Verdades de Dios, que por ningun modo pueden faltar. Pues ahora: eso que dices, yo doy que sea verdad: pero es verdad de criatura, expuesta á error, expuesta á engaño. Pues quererle dar á esa verdad tanta certidumbre como al Evangelio, ó es quererle dar á tu verdad certidumbre infalible, como la de la Fé, ó es quererle quitar á la verdad de la Fé su total certidumbre; y como quiera que sea, es blasfemia. Oh, que yo no lo digo con ese intento, sino solo quiero dar á entender, que lo que digo es verdad, no tan cierta como la de la Fé, sino solo que es verdad. Pues entendidos así, no serán esos modos de hablar blasfemia; pero mejor sería desterrarlos de nosotros, para evitar peligros. Ello suena á blasfemia, pues solo el sonido basta para el horror. ¡Qué mayor desdicha, que aun imitar solo con el sonido de las palabras las blasfemias, y que nos puedan decir lo de Job: *Imitatis linguam blasphemantium!* Aun á mas costo haviamos de procurar desterrarlas. Para eso havia echado Edicto S. Luis Rey de Francia en su Reyno con pena de señalar en la boca con un hierro ardiendo al blasfemo. Cayó en este delito un Caballero, y rogando al Santo Rey, que le remitiese la pena por la infamia: Si yo, respondió S. Luis, con hacerme esa señal en mi frente pudiera conseguir desterrar de mi Reyno las blasfemias, luego, luego me la hiciera gravar en la frente. ¡Oh, frente digna de la mayor corona que gozas!

Pero no hemos puesto hasta ahora un exemplo de la que es blasfemia heretical. ¿Qué exemplo he de poner? que pluguiera á Dios no se oyeran cada dia tantos en esas casas de juego, en esas ca-